

Mesoamérica: pasado y presente de un concepto

Andrés Fábregas Puig

El Colegio de Jalisco

El término Mesoamérica se ha difundido ampliamente en el vocabulario cotidiano de los países centroamericanos y en el de México. Es usado por todos con una infinidad de significados. Se oye hablar de Mesoamérica a los políticos y a los intelectuales, a los encumbrados y a los pobres, a los líderes religiosos y a los dirigentes sindicales. Este uso generalizado del vocablo exige una exploración de sus orígenes, si hemos de reinstalarlo con un contenido concreto para nuestra actualidad.

En 1943, en el primer número de la revista *Acta Americana*, el etnólogo alemán radicado en México, Paul Kirchhoff publicó un ensayo titulado "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y características culturales",¹ que dio nacimiento al planteamiento de una macro área cultural. En su ensayo, Kirchhoff argumentó que en las clasificaciones geográficas de las áreas culturales del Continente Americano prevalecían, en aquel momento, los criterios de geografía política o los biológicos. Incluso, escribe Kirchhoff, varios son los americanistas que sin más dividen el Continente en Norte y Sur, interponiendo a México y Centroamérica. Cuando estas divisiones tan amplias se utilizaban para distinguir algo más allá de las divisiones geográficas, mostraban su precariedad. Específicamente, cuando se trataba de distinguir áreas culturales, las clasificaciones mencionadas resultaban inútiles. Es decir, que para los propósitos de un etnólogo que perseguía establecer las áreas culturales del Continente Americano, le era preciso inventar un instrumento apropiado para ello. El concepto de área resultaba ser el instrumento idóneo para identificar una unidad cultural claramente reconocible por sus rasgos compartidos. En el planteamiento de Kirchhoff, Mesoamérica es una macro área con una unidad cultural básica, que no suprime la diversidad. Actualmente, sustituimos el concepto de área por el de región, que en los años en que escribía Kirchhoff se sobreponían. Además, los antropólogos usaban otra clasificación, diferente a las geográficas. De esta manera, el Continente Americano era clasificado en 5 grandes áreas, a saber:

1. Los recolectores, cazadores y pescadores de Norte América.

¹ *Acta Americana*. Vol I, No. 1, 1943.

2. Los cultivadores interiores de Norte América.
3. Los cultivadores superiores ("Las Altas Culturas").
4. Los cultivadores inferiores de América del Sur.
5. Los recolectores y cazadores de Sur América.

Los antropólogos de la época trabajaban con estas áreas en un momento en que la visión que podemos llamar "culturalista" prevalecía. Para Kirchhoff, tal criterio es válido. Lo que impugnaba era la falta de cuidado en el detalle, la flexibilidad de criterio con que las dichas áreas habían sido construidas. De esta manera, Kirchhoff apuntó que dentro del área de los cultivadores superiores uno podía distinguir una "macro área", que él llamó Mesoamérica. La distinción de las fronteras y las características culturales de esta macro área antes del establecimiento del régimen colonial, fue el objeto de su ensayo. Me parece pertinente recordar las conclusiones de Paul Kirchhoff, porque de ellas derivaremos reflexiones para los propósitos de retomar el concepto de Mesoamérica.

Kirchhoff se basó en una serie de estudios iniciados por el extinto Comité Internacional para el Estudio de la Distribución Cultural de América establecido por el XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Eran tiempos en que las escuelas antropológicas difusionistas y evolucionistas tenían preeminencia. En ese contexto, el etnólogo alemán trabajó, primero, la composición étnica de Mesoamérica en el siglo XVI, tal como la encontraron los europeos. Así, clasifica a los grupos humanos de Mesoamérica ("una serie de tribus", dice Kirchhoff) en:

1. Tribus que hablan lenguas aún no clasificadas: tarascos; cuitlatecos; lencas, y agrega un etcétera...

2. Todas las tribus de las familias lingüísticas maya, zoque y totonaca. Se le podría agregar el huave, dice Kirchhoff y hablar de un gran grupo lingüístico zoque-maya o macro-maya.

3. Todas las tribus, con excepción de dos, de las familias lingüísticas otomí, chocho-popoloca y mixe, que forman junto con la familia chorotega-mangue, un grupo llamado otomangue y todas las tribus de las familias lingüísticas trique, zapoteca y chinanteca, que algunos investigadores consideran relacionadas con el grupo anterior, formando un gran grupo llamado macro-otomangue.

4. Todas las tribus de la familia lingüística nahua y una serie de otras tribus de afiliación uto-azteca, entre ellas, los coras y los huicholes.

5. Todas las tribus de las familias lingüísticas tlapaneca-subtiaba y la tequistlateca que pertenecen a lo que el lingüista norteamericano Edward Sapir clasificó como grupo Hokan.

A esta clasificación lingüística, agregó Kirchhoff los siguientes comentarios:

Un análisis de la composición étnica de Mesoamérica arroja los siguientes resultados:

a) De las familias lingüísticas que forman parte de Mesoamérica, sólo una, la Otomí, tiene algunos miembros (Los Pame y los Jonaz) que no pertenecen a la unidad cultural mesoamericana.

b) Dos grupos lingüísticos, los zoque-maya y los macro-otomangue, están totalmente dentro de Mesoamérica.

c) Tribus de estos dos grupos y de los nahuas también alcanzan, debido probablemente a migraciones, los límites extremos de Mesoamérica, tanto hacia el Norte como hacia el Sur. Todo esto, concluía Kirchhoff, muestra la realidad de una región cuyos habitantes fueron unidos por una historia común. Pero no termina aquí el trabajo de Kirchhoff. A la clasificación lingüística le sobrepuso la distribución de rasgos culturales para obtener lo mesoamericano, proponiendo tres criterios:

I Rasgos culturales exclusivos de Mesoamérica.

II Rasgos culturales comunes de Mesoamérica y a otras macro áreas culturales de América.

III Rasgos culturales significativos por estar ausentes de Mesoamérica.

Entre los rasgos que Kirchhoff consideró exclusivos de Mesoamérica están los siguientes: La coa o bastón plantador; las chinampas; el cultivo de la chíá y su uso como bebida y como aceite para dar lustre a las pinturas; el cultivo del maguey para usar el aguamiel, el pulque, la fibra para ropa y papel; el cultivo de cacao; el molido del maíz ablandado con cenizas. El uso de la calendarización, la escritura jeroglífica; las pirámides; los juegos de pelota, ciertas formas de sacrificio humano; el juego del volador; 13 como número ritual; mercados especializados. Kirchhoff elaboró cuadros comparativos para mostrar los rasgos que Mesoamérica compartía con otras áreas así como los que estaban ausentes. Concluyó que Mesoamérica era una macro área cultural de cultivadores superiores, cuyos límites geográficos van, desde el norte, a partir del actual estado mexicano de Sinaloa, pasando por la Quemada en Zacatecas, y, hacia el sur, sus extremos están marcados por el río Motagua hasta el Golfo de Nicoya, pasando por el lago de Nicaragua. De estas fronteras, dice Kirchhoff, la más elástica fue la del Norte. Como es fácil notar, el etnólogo alemán, padre del concepto Mesoamérica como macro área cultural, combinó los criterios lingüísticos, geográficos y étnicos, con la distribución de rasgos culturales, para construir su proyecto. A ello agregó otra importante dimensión: la historia compartida.

A partir de la propuesta de Paul Kirchhoff han sido la arqueología, la lingüística y la etnohistoria las disciplinas antropológicas que continúan trabajando con el concepto. La antropología social lo hace en menor medida y cuando ello ocurre, el

concepto de Mesoamérica es aplicado exclusivamente a los pueblos indios. Este es el sentido que le dio Guillermo Bonfil en su *México Profundo*, (México: CIESAS, 1987), al plantear el regreso de la civilización mesoamericana. Está claro que de 1943 a la fecha, tanto la lingüística como la arqueología y la etnohistoria, han transformado, modificado y afinado el conocimiento acerca de Mesoamérica, a la que continúan planteando como una macro área cultural existente antes del establecimiento de los regímenes coloniales y dentro de los mismos límites geográficos que planteara Kirchhoff, con algunas modificaciones. Por ejemplo, los arqueólogos incluyen actualmente partes del occidente de México consideradas durante un tiempo como fuera de Mesoamérica. El seguir la discusión que arqueólogos, lingüistas y etnohistoriadores mantienen en relación con Mesoamérica es un camino que se desvía de la ruta que nos hemos trazado para esta ocasión². Sólo advierto, que para la antropología social, esta macro área cultural remite a los pueblos indios. La Mesoamérica de Kirchhoff quedó cercenada con el establecimiento del régimen colonial. Si tenemos en cuenta el contexto en el que Kirchhoff planteó a Mesoamérica como una macro área cultural de cultivadores superiores para explicar la situación del territorio respectivo antes de la irrupción castellana, se concluye que ese no es el sentido actual que en ámbitos amplios suele dársele al concepto. Por lo tanto, para retomarlo y aplicarlo a nuestra realidad contemporánea, planteo que debemos trazar una primera distinción entre la Mesoamérica histórica de Paul Kirchhoff y la Mesoamérica contemporánea que deseamos reconstruir. Es decir, la Mesoamérica histórica fue alterada sustancialmente por el colonialismo desde el siglo XVI. Los pueblos y culturas que la conformaban fueron agredidos profundamente, primero por medios militares y después por la coacción cultural y política. El colonizador fue también modificado culturalmente por el proceso, es decir, la aculturación que ocurrió en tierras americanas reconocida como la de dimensiones más amplias que hasta hoy conocemos en la historia humana³. Los cambios en la cultura mesoamericana fueron drásticos iniciándose por la demografía; la transformación

² Para quien se interese en seguir esta discusión, sugiero que revise: *La validez teórica del concepto Mesoamérica*, volumen que recupera las discusiones habidas en la XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Sociedad Mexicana de Antropología, 1990. Sonia Lombardo y Enrique Nalda, coordinadores, *Temas mesoamericanos*, México: INAH/CENCA, 1996. En ambas publicaciones, el lector tiene a su disposición una amplia bibliografía. En 1966 se publicó en castellano el libro de Eric R. Wolf con el título *Pueblos y Culturas de Mesoamérica*. (México: ERA) Sin embargo, no se trata de una revisión del planteamiento de Kirchhoff sino una historia pre colonial de los pueblos de México y Guatemala. El título en castellano desconcierta al lector. En inglés, el libro lleva un nombre muy distinto: *Sons of the Shaking Earth. The People of Mexico and Guatemala, their Land, History and Culture*. Chicago: The University of Chicago Press.

³ Al respecto, es muy conocido el planteamiento de Gonzalo Aguirre Beltrán en *El Proceso de Aculturación*. México: UNAM, 1957.

religiosa alteró la cosmovisión de las culturas de Mesoamérica y estuvo a la par de las transformaciones en la organización social y las lenguas. En una palabra, los 300 años de colonialismo forjaron sociedades diferentes a las originales. ¿Son mesoamericanas, cultural y socialmente hablando, estas sociedades? ¿Podemos hablar de Mesoamérica refiriéndonos a nuestra actual realidad? Sí, pero a partir de la reconstrucción del concepto basado en nuestro presente. Y ello es factible a través de los criterios que propusiera el propio Kirchhoff, es decir, una historia compartida, rasgos comunes en medio de la diversidad y una vecindad territorial. Si somos capaces de llevar a cabo un ejercicio de esta naturaleza, estamos ante la posibilidad de construir un camino que nos lleve a la convergencia y el establecimiento de una macro área cultural: Mesoamérica contemporánea.

En esta dimensión contemporánea de Mesoamérica lo primero que se modifica con respecto a la propuesta de Kirchhoff, son las fronteras. En principio, la Mesoamérica contemporánea incluye al actual territorio mexicano en su totalidad y a todos los países del istmo centroamericano. Tomada en su conjunto, es ésta una macro área cultural caracterizada por la variación y también la comunión de rasgos vitales, como el idioma: el castellano. La historia compartida es un sustrato que otorga un amplio marco común a la Mesoamérica contemporánea. Dentro de estos tres ejes, es decir, las nuevas fronteras, una comunidad cultural diversa internamente y una historia compartida, debe desarrollarse el análisis para conformar a la Mesoamérica contemporánea.

En términos de las fronteras de Mesoamérica contemporánea, estaríamos hablando de la inclusión de una gran parte de lo que los arqueólogos y etnohistoriadores llaman Árida América, antaño el territorio de la gente nómada y que incluye todo el norte de México. Hacia el Sur, la línea se prolonga bastante más allá del Golfo de Nicoya y llega hasta la frontera de Panamá con Colombia. Si hemos de aceptar que existe una Mesoamérica contemporánea en términos de una macro área cultural, no podemos ignorar la variabilidad interna que la caracteriza. Por lo tanto, tenemos ante nosotros la tarea de definir con exactitud cuáles son esos rasgos que nos permiten hablar de una macro área cultural sin que las culturas particulares que se contienen en ella, pierdan sus características. Dentro de estos rasgos comunes, deben intervenir la literatura y el arte al lado de la religión y la lengua, además de la tecnología y los ecosistemas culturales. Y finalmente, es una tarea imprescindible la reconstrucción histórica de Mesoamérica contemporánea, teniendo como punto de partida el establecimiento de los regímenes coloniales.

Con todo lo anterior he querido decir que se abre el horizonte de una tarea amplia, que requiere un ejercicio común, interdisciplinario y sostenido. Pensar en una Mesoamérica contemporánea requiere de una reflexión acerca del patrimonio

cultural de la misma, de su variación étnica, de su conformación social, en una palabra, pensar la cultura en su más profunda acepción. En consecuencia externo la propuesta siguiente:

1. Constituir una Comisión para el estudio de la Mesoamérica contemporánea que tenga como primera tarea la de presentar un proyecto viable de investigación interdisciplinaria, que pudiese ser respaldado por los gobiernos de México y Centroamérica.

2. Reanudar los encuentros de intelectuales entre México y Centroamérica, ahora con un nuevo marco: el foro cultural mesoamericano. Éste debería rotar cada dos años sus reuniones en sedes distintas y explorando temáticas concretas.

Las condiciones del mundo actual son propicias para afianzar un camino como el que marca la emergencia de una Mesoamérica contemporánea. Se trata de propiciar la identificación cultural sin la pérdida de las particularidades que caracterizan a los pueblos y sociedades concretas de México y Centroamérica. No se trata de un camino hacia la uniformidad, tarea no sólo reprobable sino imposible. Dejo establecido que el planteamiento de la Mesoamérica contemporánea apunta hacia la convergencia, apoyada, precisamente, en la diversidad de la cultura.